



Quinito (Racing de Santander)

INTRODUCCIÓN

MELENAS, BIGOTAZOS, BARBAS Y PATILLAS DE HACHA

El contexto en el plano deportivo era lamentable. Penoso. Dantesco. El fútbol español abandona la década de los años sesenta sumido en una profunda crisis de juego y resultados, tanto a nivel de clubes como de Selección. En lo tocante a estos, los sesenta habían comenzado con el Real Madrid coronándose como oficioso mejor equipo del mundo, gracias a su victoria en la primera edición de la Copa Intercontinental, en la que derrotó al Peñarol uruguayo, también campeón de otra competición recién nacida, en su caso de la Copa “Libertadores de América”. Ese mismo año el F.C. Barcelona conquista la segunda edición de la Copa de Ciudades en Feria, disputada entre 1958 y 1960, pero al año siguiente cae en Berna ante el Benfica lisboeta en la final de la Copa de Europa, mientras que en 1962, hay finalistas españoles en los tres torneos europeos (acababa de iniciar su andadura la Recopa, es decir, la “Copa de Europa de Campeones de Copa”), aunque con suerte diversa, puesto que el Atlético de Madrid triunfa en la nueva competición, y en la de Ferias se produce una final española, o más bien mediterránea, con victoria del Valencia sobre el Barça, mientras que en la Copa de Europa el Real Madrid es también superado por el Benfica, verdugo de nuestro fútbol por segundo año consecutivo. En 1963 la suerte es asimismo dispar: el Atleti no puede revalidar su título en la Recopa, pues dobla la rodilla ante el Tottenham, mientras que el Valencia sí consigue su segundo torneo ferial al imponerse al Dynamo de Zagreb.

En 1964 no nos sonrío la suerte ni en la Recopa ni en la Copa de Europa, pero en la de Ferias se repite final española, y en esta ocasión con un novedoso campeón, el Real Zaragoza de Los Magníficos, que bate al Valencia en partido único disputado

en el Camp Nou barcelonés. 1965, sin embargo, será el primer año sin presencia española en alguna de las tres finales continentales, un mal síntoma de una enfermedad que iría agravándose temporada a temporada. No obstante, en el 1966 se produce un espejismo, con el triunfo del Real Madrid de los Ye-yés en la Copa de Europa, imponiéndose en Bruselas al Partizan yugoslavo, y una nueva final *Made in Spain* en la Copa de Ferias, en la que esta vez el Real Zaragoza será derrotado por un Barça que conquista así su tercer entorchado. El mismo Barça que en 1969 se asoma por vez primera en su historia al encuentro decisivo de la Recopa, aunque va a caer en Basilea contra todo pronóstico ante un desconocido conjunto eslovaco, el Slovan de Bratislava.

Y en cuanto a la Selección Nacional, los años sesenta van a ser testigos del primer título conseguido por el combinado español, la Copa de Europa de Selecciones Nacionales de 1964, conocida ya desde poco después como “Eurocopa”. Por obvias razones políticas, nuestro país se había retirado en su primera edición, la de 1960, al corresponderle enfrentarse con la selección de la URSS, pero en la de 1964, siendo España la sede de la fase final, eso ya no era posible, y el régimen franquista aceptará medirse a dos países comunistas, Hungría en semifinales, y una vez derrotados los magiares, a la mismísima Unión Soviética en la gran final. En ese año se conmemoraba el veinticinco aniversario del final de la Guerra Civil, y el régimen del General Franco se sentía seguro y optimista. Se vivía la época de los Planes de Desarrollo y el gran boom turístico. El crecimiento económico era espectacular, y la Sociedad de Consumo comenzaba a firmar sus primeras letras entre nosotros. La oposición antifranquista clamaba en el desierto, y al Caudillo –se estrena para la ocasión el documental hagiográfico “Franco, ese hombre”– aun no se le notaba el Parkinson. Se podía sacar un gran provecho propagandístico en caso de victoria, recordando aquellas exaltadas palabras de Serrano Suñer al despedir a la División Azul: ¡Rusia es culpable!

Y ganamos, con un postrero gol de Marcelino, un antiguo seminarista gallego a la sazón militante del Zaragoza, batiendo en extraño escorzo a Yashin, la Araña Negra, un guardameta tan gigantesco como mítico. Desde el gol de Zarra a la Pérfida Albión en Maracanã no se había visto nada igual, porque la Furia Española de Amberes ya quedaba muy lejos. Pero fue otro espejismo. En el Mundial inglés del 66 nos mandan para casa a las primeras de cambio, en la Eurocopa del 68 la misma Inglaterra nos corta el paso, y para el siguiente campeonato, México-70, ni siquiera nos clasificamos, humillados por Bélgica y hasta por Finlandia, que nos derrota con un equipo *amateur* compuesto por honestos bomberos y oficinistas. La cosa pinta tan mal, que la Federación pone al frente del combinado representativo a toda una gloria balompédica, Ladislao Kubala, por ver si se les pegaba algo a los chicos del gran talento de Laszi.

Cruyff (F.C. Barcelona)





Leivinha y
Pereira (At.
de Madrid)

Difícil tarea. Los resultados son desastrosos, pero no son fruto de la mala suerte, sino de un juego paupérrimo, anticuado, plúmbeo. Retirados ya los grandes ases que enaltecieron la década de los cincuenta, sus reemplazos no dan la talla. Pese a evitar la competencia foránea, el producto nacional no rebasa el nivel de la medianía. Física, técnica y tácticamente estamos quedando atrás con respecto a los principales países de Europa –Alemania Occidental, Reino Unido, Italia...–, e incluso somos superados por las potencias punteras de Sudamérica: Brasil, Argentina y Uruguay. Apenas se marcan goles, porque si bien los delanteros no muestran gran habilidad en su oficio, los encargados de destruir juego actúan con una práctica impunidad. En febrero de 1969, en una jornada de Primera División con ocho partidos, únicamente se marcan ocho tantos, y cuatro de ellos por el mismo equipo. Ya casi no se puede caer más bajo. Por eso no es de extrañar que se alcen voces reclamando la urgente reapertura de las fronteras, algo que tanto nos había beneficiado en los años cincuenta, cuando en nuestro campeonato se pudo admirar a gente como Ben Barek, Carlsson, Kubala, Di Stefano, Wilkes, Evaristo, Walter, Vavá, Puskas, Kocsis, Czibor o Santamaría.

Centrándonos en los clubes españoles, la década de los setenta va ser también una década blanca, pero menos. El Real Madrid se alzaría con seis de las Ligas en disputa (71-72, 74-75, 75-76, 77-78, 78-79 y 79-80), así como con tres campeonatos –1974, 1975 y 1980– de una Copa que va a pasar de ser “de Su Excelencia El Generalísimo” a “de Su Majestad El Rey” (1974, 1975 Y 1980), pero no conseguirá ningún título continental. Los cuatro torneos de la regularidad restantes se repartirán entre Atlético de Madrid (72-73 y 76-77), Valencia (70-71) y Barcelona (73-74), mientras que en el del KO los azulgranas obtendrán dos entorchados (1971 y 1978), los colchoneros otros dos (1972 y 1976), por uno para Athletic de Bilbao (1973), Betis (1977) y Valencia (1979). Dos triunfos europeos, ambos en la Recopa y consecutivos (Barça en 1978-79 y Valencia en 1979-80), y derrotas en las finales para Real Madrid (Recopa 70-71), Atlético de Madrid (Copa de Europa 73-74) y Athletic de Bilbao (Copa de la UEFA 76-77).

Y en lo referente a la Selección Española, el combinado nacional va a estar ausente de las fases finales de las Eurocopas de 1972 y 1976, y sobre todo del Campeonato del Mundo que se celebró en la entonces denominada República Federal de Alemania en el año 1974. Durante todo este período la Real Federación Española de Fútbol va a conocer dos presidentes, repartiéndose equitativamente el decenio: el antiguo jugador José Luis Pérez-Payá entre 1970 y 1975, y el dirigente territorial Pablo Porta los cinco años siguientes (y unos cuantos más de propina), pero tan sólo habrá un seleccionador, el incombustible Ladislao Kubala, que había iniciado su trabajo en octubre de 1969, concluyendo su contrato al finalizar –con un nuevo fiasco– la Eurocopa de 1980.

Pero no todo van a ser malas noticias. Al menos en 1978 habíamos vuelto a participar en un Campeonato del Mundo, aunque no pasáramos de la primera fase. Y las cosas van a ir cambiando poco a poco. Tímidamente al principio, van a ir integrándose nuevos profesionales en el funcionamiento cotidiano de los equipos, como por ejemplo los preparadores físicos, imprescindibles para potenciar una parcela tan importante y en la que acumulábamos un gran retraso. Y también darán sus primeros pasos algunas escuelas de fútbol creadas por los mismos clubes, persuadidos de la necesidad de trabajar en la formación de los futuros jugadores desde la base, contando para ello con mejores medios y personal más preparado. Hablamos de Lezama, a comienzos de la década, y La Masía o Mareo al finalizar esta.

EL MARCO JURÍDICO: REBELIÓN EN LA HIERBA

A partir de 1964 van a tener lugar una serie de hechos, protagonizados por futbolistas pertenecientes a clubes de la División de Honor, que pondrán de manifiesto lo precario de su situación, el estado de casi absoluto desamparo en el que se encontraban quienes practicaban una actividad que ni siquiera era considerada legalmente como una profesión, y que por lo tanto se encontraban al margen de la normativa que, de mejor o peor manera, regulaba en la España franquista cualquier relación laboral.

En el verano de 1964 el medio volante Miguel Martínez, recién fichado por el Atlético de Madrid procedente del Betis, sufría un desvanecimiento encontrándose de gira con su equipo en Montevideo, y entraba en un estado de coma que se mantendría durante nada menos que ocho años, hasta el momento de su fallecimiento en septiembre de 1972. El club rojiblanco se hizo cargo de su contrato hasta que este expiró, en 1967, y en esa fecha se celebró un partido de carácter benéfico en el recién construido estadio de la ribera del Manzanares, para recaudar fondos con destino a su familia, con el loable propósito de que esta no quedase absolutamente desamparada,

Con la misma entidad colchonera también estuvo relacionado el caso de Ramón, un prometedor delantero del Hércules de Alicante que acababa de fichar por el Atleti, pero al que se le encontró un problema cardíaco en un reconocimiento, impidiéndosele volver a jugar al fútbol (aunque eso no le exoneraría de cumplir el servicio militar). También tuvo su partido de homenaje para conseguir algo de dinero, a principios de 1969.

En abril de 1968, y en vísperas de un Barça-Real Madrid decisivo para el título de Liga, fallecía súbitamente Julio César Benítez, lateral uruguayo del club azulgrana.



La causa de su muerte sigue siendo hoy un misterio, aunque en aquel momento se habló de una intoxicación alimentaria que le habría llevado a la tumba en cuestión de unos pocos días. Y por esas mismas fechas también desapareció –en esta ocasión en accidente de tráfico– Ricardo Costa, jugador del Córdoba.



Esta fue la formación inicial de la selección de jugadores extranjeros que militaban en equipos españoles que actuó en el histórico homenaje al ex jugador del Real Madrid Isidro. El partido se celebró el 4 de diciembre de 1974 en el Bernabéu.



De pie, de izquierda a derecha: Carnevali, Blanco, Aparicio, Ortiz Aquino, Breitner y Neeskens. Agachados, de izquierda a derecha: Ayala, Sotil, Netzer, Guerini y Heredia.

Todos estos lamentables acontecimientos harán que algunos futbolistas –como el azulgrana Pereda, y los madridistas Pirri y y Grosso– comiencen a tomar conciencia de su propia vulnerabilidad, sometida a numerosas contingencias, y empiece a especularse con la posibilidad de formar algo parecido a una asociación o sindicato, a imagen y semejanza de lo que ocurría en otros países, ya fueran estos democracias o dictaduras (y que en el caso español pudiera integrarse en la verticalista “Organización Sindical”). Pero tales movimientos van a ser contemplados muy negativamente por las directivas de los clubes, empeñadas en mantener inalterado el *statu quo* entonces vigente, donde la única respuesta a una lesión, enfermedad o accidente incapacitante, y en el peor de los casos un fallecimiento “con las botas puestas”, era la a todas luces escasa cobertura que brindaba la “Mutualidad de futbolistas”, creada en los años cuarenta, o la simple caridad de un partido benéfico. A título de ejemplo, el propio Santiago Bernabéu, sempiterno patriarca madridista, definiría al futbolista como “un niño”. Sin comentarios.

Y es que los clubes ni siquiera se referían a las retribuciones de sus jugadores como “salarios” o “sueldos”, sino que hablaban únicamente de “compensaciones económicas”, negándose a reconocer la existencia de una relación laboral entre ambas partes. En ese mismo marco autoritario y paternalista cabe inscribir la existencia de leoninos “reglamentos de régimen interno”, donde se prohibían a los futbolistas cosas tales como jugar a las cartas, gastarse bromas (¡) o bañarse en playas y piscinas, y se les fijaba incluso una hora tope para retirarse a sus domicilios, como si estuviesen en el cuartel.

Sin embargo el futbolista español ya era de hecho profesional en las categorías nacionales desde hacía unas cuantas décadas, aunque vivía en una especie de limbo legal, ya que no se le consideraba ni como trabajador por cuenta ajena ni tampoco como autónomo, y por lo tanto en caso de conflicto no podía seguir el conducto ordinario, esto es, acudir a las Magistraturas de Trabajo. En la práctica se les trataba como a unos señores que pasaban por allí, se entrenaban por placer durante la semana, viajaban luego a largas distancias, y generalmente los domingos pegaban patadas a un balón en público, igual que los pioneros de principios de siglo, sólo que con la salvedad de que sus evoluciones eran observadas ahora no por unas decenas de curiosos, sino por muchos miles de personas que pagaban entrada para asistir al evento, y no digamos ya si había televisión de por medio...

Pero del mismo modo que el sistema político español va a sufrir una mutación radical, un giro de ciento ochenta grados con respecto al escenario existente al iniciarse la década de los años setenta, presidido por las Leyes Fundamentales del régimen franquista, el marco jurídico en el que se movía la profesión futbolística será puesto de revés como un calcetín, ya que finalmente será reconocida como tal, y no como un mero divertimento para amenizar las siempre tediosas tardes dominica-

Quini (Sporting de Gijón)



Esnaola (Betis)



les, dando luz verde a la mayoría de las reivindicaciones del sector. Por ejemplo, en el tema de la sindicación de los futbolistas –abortado de raíz tras aquellos primeros y tímidos escauceos a finales de los sesenta–, así como en lo referente a su acceso a la Seguridad Social, al ser ya considerados a todos los efectos como trabajadores

por cuenta ajena, que en realidad era lo que habían sido desde la implantación del profesionalismo, allá por los años veinte, con independencia de que ganasen más o menos dinero, que eso es accesorio. En cuestión de unos pocos años se va a pasar de una posición absolutamente reacia por parte de la mayoría de dirigentes deportivos, que no daban crédito a la posibilidad de que pudiera existir un sindicato de futbolistas, a ser contemplado dicho derecho en absoluto pie de igualdad con el resto de los ciudadanos, que también recuperarán sus libertades públicas con el cambio político.

Ya a finales de los años sesenta y primeros setenta determinados jugadores, todavía en activo o recientemente retirados, van a comenzar a cuestionar el sistema futbolístico vigente, llevando sus contenciosos con los clubes a los tribunales. Esos casos pioneros saltarán a las páginas de la prensa deportiva, la que más se vendía y circulaba en España. Nombres como el asturiano Alberto Suarez, conocido como Pipi, el angoleño Mendonça, el sevillano Quino o el guipuzcoano Zubizarraín bien asesorados jurídicamente, consiguen sentencias favorables que sacudirían las anquilosadas e injustas estructuras deportivas españolas, y sentarán jurisprudencia: el futbolista, gane lo que gane, rico o pobre, no es sino un trabajador por cuenta ajena, sujeto a la normativa laboral como cualquier otro currante.

Y tras la lucha individual, vendrá la batalla colectiva por el derecho de asociación. Semanas después de la muerte de Franco, el 26 de febrero de 1976, y a instancias de dos de las mayores estrellas de nuestro fútbol, el madridista Amancio y el guardameta del Athletic de Bilbao Iribar, se va a celebrar una reunión exploratoria en Madrid, que tendrá lugar en el Palacio de Congresos y Exposiciones. Se cursaron invitaciones a todos los capitanes de los clubes de Primera, Segunda y Tercera División, en total 118, pero al final solamente asistirían 61, lo que venía a poner de manifiesto tanto la escasa concienciación aun existente sobre el tema, como las posibles presiones ejercidas por los propios clubes.

Y en este acontecimiento seminal va a ser clave la participación, en calidad de moderador, de una personalidad de reconocido prestigio en el mundo académico, y que había sido cocinero antes que fraile. Estamos refiriéndonos concretamente a José Cabrera Bazán (La Algaba, Sevilla 16 de octubre de 1927-Sevilla, 27 de abril de 2007), antiguo jugador, entre otros, de Sevilla, Jaén y Betis, y Catedrático de Derecho del Trabajo en la Universidad de Santiago de Compostela. Cabrera Bazán, militante del PSOE y posteriormente senador y eurodiputado, había publicado en fecha tan temprana como 1961 un detallado y riguroso libro que llevaba por título “El contrato de trabajo deportivo. Un estudio sobre la relación contractual de los futbolistas profesionales”.

La asamblea se celebró a puerta cerrada, y en ella se trataron asuntos tales como la posible afiliación a la Seguridad Social, la elaboración de una ordenanza laboral

que fijase claramente derechos y obligaciones (para saber a qué atenerse y acabar con la discrecionalidad de los clubes), la participación en el dinero generado por las denominadas “Apuestas mutuas deportivo benéficas”, es decir, las populares “quinielas”, o la revisión del “Derecho de Retención”. Se estableció un fondo de cara a ulteriores reuniones y a la creación de un ente asociativo, con una cuota de mil pesetas mensuales por cada jugador de Primera División. Por parte del Barça estuvieron presentes Quimet Rifé y Johan Cruyff, sin lugar a dudas el futbolista mejor pagado de España, pero que no obstante informó a los presentes acerca de la situación de los profesionales del balón en los Países Bajos, tan diferente de la nuestra.

Pocas semanas más tarde, en abril, se va a producir la primera huelga en el fútbol español, en aquella primavera caliente de 1976. Ocurrió en un club de Tercera División, el Manresa, cuyo presidente había dimitido, reemplazado por una Gestora, y que arrastraba una cuantiosa deuda para aquellos tiempos y su nivel, cifrada en ocho millones de pesetas, con los jugadores sin cobrar. Estos van a negarse a disputar su encuentro frente al Huesca, y serán sustituidos por juveniles, que sucumbirían ante el cuadro altoaragonés por 1-9. La Federación suspendió a los rebeldes con inhabilitaciones de entre uno y dos años sin jugar, aunque luego serían reducidas. Entre ellos se encontraba un ex de las categorías inferiores del Barça, Alfonso Abete, licenciado en Derecho y posteriormente secretario de la AFE (“Asociación de Futbolistas Españoles”), una vez que esta se constituya y eche a andar en enero de 1978, dentro del clima de libertad sindical que ya se respiraba en aquellos días, una vez celebradas las primeras elecciones democráticas en cuarenta años, el 15 de junio de 1977

Como presidente del flamante sindicato de futbolistas va a ser elegido el jugador internacional sevillano Joaquín Sierra Vallejo, más conocido como Quino, que a la sazón militaba en el Cadiz C.F, recién ascendido a Primera División, tras haber pertenecido al Betis y al Valencia, y protagonizado un sonado enfrentamiento con el club verdiblanco, que en 1970, al expirar su contrato y pese a estar interesado en sus servicios el mismísimo Real Madrid, va a aplicarle el “Derecho de Retención”, aumentándole su ficha en un escuálido diez por ciento, mientras que él solicitaba un mejor tratamiento económico, lo que motivo que el futbolista se declarase en rebeldía y se pasara prácticamente en blanco la temporada 1970-71, amenazando incluso con retirarse si finalmente no había acuerdo, el cual llegaría cuando apareció una oferta del Valencia que satisfizo las aspiraciones béticas, y todos contentos.

Quino liderará esa primeriza AFE en reñida pugna con su colega Ángel María Villar –posteriormente sempiterno mandamás de la RFEF–, ostentando la presidencia entre 1978 y 1982, con la salvedad de un año en el que fue dirigida por Juan Manuel Asensi, y durante su mandato, amén de producirse algunas huelgas de piernas caídas, se van a dar dos pasos trascendentales: la abolición de aquel odioso “De-

